

## La Cruz del Sobrarbe



El 14 de septiembre la Villa de Aínsa, antigua corte del Reino de Sobrarbe y cuna de la reconquista aragonesa, celebraba todos los años, junto con su fiesta principal, el importantísimo suceso que breve y sumariamente vamos a narrar.

En los albores de la reconquista, la plaza de Aínsa, última que poseían los musulmanes en esta parte de Aragón, era la más importante desde el punto de vista estratégico, motivo por el cual, los aragoneses intentaban apoderarse de ella para iniciar la titánica obra de la reconquista.

Por medio de una sorpresa nocturna, tan hábilmente dirigida como afortunadamente realizada, un puñado de valerosos cristianos montañeses acaudillados por Garcí-Ximenez logra apoderarse de la mencionada plaza y plantar en lo más encumbrado de su castillo el lábaro santo de la Cruz, símbolo de civilización, progreso y libertad.

Después de rendir justísimas acciones de gracias al Todopoderoso por el feliz éxito de tan trascendental y gloriosa jornada, se ocupó preferentemente Garcí-Ximenez en garantizar la seguridad de la plaza de Aínsa, aumentando sus fortificaciones, entre las cuales descuella un fuerte, que aún subsiste muy cerca del foso al N.O. de la población; porque, dada su importancia política y estratégica, presumía, no sin fundamento, que los mahometanos pondrían gran empeño en reconquistarla.

Los ríos Ara y Cinca, que en los puntos por donde pudiera temerse una invasión circulan a manera de foso el collado que sirve de asiento a la villa de Aínsa, las murallas que a esta rodean y el castillo que, como celoso guardián de la misma, se alzaba imponente, formaban su triple defensa, y en frase del erudito Foz hacían de ella la plaza más importante de todos los pueblos cristianos en los dos primeros siglos de la reconquista, y constituían un excelente punto estratégico que podía servir de base a Garcí-Ximenez para posteriores operaciones, a la par que de refugio de tristes eventualidades y desgraciadas contingencias.

Igual empeño que los cristianos en conservarla, muestran los árabes en recobrar la referida plaza. A ese fin, reúnen todas las fuerzas que disponen en la parte baja y alta del país, y se dirigen con ellas a las inmediaciones de Aínsa.

Advertidos los defensores de la plaza de la aproximación del enemigo, salen fuera de la villa y en campo descubierto acometen con arrojo y brioso ímpetu; ambos ejércitos realizan prodigios de valor y bravura durante la encarnizada batalla, cuyo éxito se muestra indeciso por largas horas; más los musulmanes luchan con la valiosísima ventaja de poder renovar sus huestes que más directa parte toman en la pelea; no así los aragoneses, que, por las escasas fuerzas que disponen, tienen desde el primer momento que entrar todos en la contienda, lo que dificulta y compromete sobremanera su situación por el fundado temor de que más bien que a la bizarría y superioridad numérica del enemigo, tengan que rendirse al fin a la fatiga y al cansancio, que también los leones desfallecen y sucumben cuando les faltan por completo el vigor y las fuerzas físicas.

Crítica es la situación para los cristianos y apurado el trance en que se hallan. Más Dios, por cuya causa luchaban y cuyo santo nombre habían invocado al entrar en el combate, hizo que sobre la verde copa de una encina apareciese, circuida de esplendores, una Cruz roja. Semejante maravilla, aparición tan misteriosa, persuade a los soldados de Garcí-Ximenez que Dios protegía resueltamente su causa, y ante esa persuasión sienten enardecerse más y más su ardor bélico y se acrecienta de manera considerable su fe en el triunfo que les esperaba, y mediante un supremo esfuerzo lograr sembrar la confusión y obtienen la más completa y gloriosa victoria.

Terminado el combate, los cristianos se dirigen al sitio donde apareciera la Cruz, y depuestas las armas y postrados de hinojos jefes y soldados, elevan allá un himno de gratitud al Dios de las victorias por la muy distinguida que acaba de otorgarles. Y allí mismo, en aquel lugar venerable, aclaman rey a Garci-Ximenez para luego después proclamarle como tal solemne y oficialmente en San Juan de la Peña. Así se inició en el Oriente de España la obra de la reconquista; de ese modo se echaron los cimientos de la monarquía aragonesa.

La cruz sobre el árbol se convirtió en el símbolo del mítico reino de Sobrarbe. Existen dos opiniones sobre el origen del nombre de Sobrarbe. Por un lado Jerónimo de Blancas ligaba el nombre a la tradición de la cruz “sobre el árbol”, a diferencia de la teoría más lógica dada por Jerónimo de Zurita que vinculaba el nombre a la situación sobre la Sierra de Arbe, sierra que cierra por su parte meridional la comarca.

En el recuerdo de dicha victoria, obtenida en el año 724, como también de la milagrosa aparición de la Cruz, se erigió hace siglos un modesto y sencillo monumento consistente en una Cruz colocada en medio de cuatro columnas sobre las que descansaba la cubierta.

A mediados del siglo XVII la Diputación de Aragón resolvió levantar a sus expensas y en el mismo sitio otro monumento más suntuoso y digno de los sucesos que conmemoraba y muy semejante al que entonces existía en Zaragoza en la calle del Coso<sup>(1)</sup>, haciendo al efecto la correspondiente contrata con el arquitecto y escultor de dicha capital, Ramón Sanz el 27 de julio de 1650, según consta en los antecedentes que obran en el archivo del reino. En 1655, cinco años después de celebrarse el contrato, finalizó Sanz su obra, que subsistió hasta 1765 donde fue derribada por un violento huracán. Al año siguiente, el monarca Carlos III reconociendo la importancia del recuerdo que encerraba el monumento de Aínsa, mandó que a sus expensas se levantara otro monumento que todavía subsiste. Si bien se trazó conforme al que había sido destrozado, no se le dio ni tanta elevación, ni suntuosidad, ni tanta magnificencia como a su inmediato predecesor, pero el monumento continúa inspirando al viajero sentimientos de veneración hacia aquellos sitios donde se consumaron los primitivos gloriosos sucesos de la reconquista aragonesa.





Imagen de la Cruz del Sobrarbe tomada en 1914

El historiador Padre Ramón de Huesca afirmaba con sobrado fundamento que la Cruz sobre la encina era el blasón más antiguo que representa en sus armas el reino de Aragón; se conserva grabado en la monedas de los siglos X y XI, que son de las más antiguas que tenemos; se halla en los retratos de los primitivos reyes y en los sellos antiguos, y finalmente es el que traen en el escudo de sus armas la villa de Aínsa y otros pueblos del Sobrarbe y viarias familias oriundas de este reino.



La primera vez que se tiene documentado este árbol con la cruz roja en su parte alta acompañando al resto de los emblemas del escudo de Aragón es en la portada de un libro editado en 1499 titulado *Coronica de Aragón*, primera historia de Aragón que vio la luz en una imprenta. Lo hizo el monje Gauberto Fabricio de Vagad, y en su interior mencionó que sus elementos fueron “*las primeras armas de los reyes de Sobrarbe*”



Cada 14 de septiembre el clero, municipio y vecinos de Aínsa acudían en procesión al sitio donde se halla el monumento conmemorativo de los sucesos relatados y allí tenía lugar una solemne función religiosa con gran afluencia de gentes forasteras. Algunos años, concluida la función, había simulacros de guerra donde se representaba la batalla dada por Garci-Ximenez. A la vista de la Cruz se declaraba la victoria de los cristianos, quienes, llevando aprisionados a los moros, regresaban con los trofeos de la victoria a la villa, donde continuaban las solemnidades religiosas y los públicos regocijos. Esta fiesta era denominada Cruz de Sobrarbe. El Reino de Aragón quiso perpetuar este recuerdo anual y en las cortes de 1678 votó una cantidad para que se invirtiera en la celebración de aquella fiesta, según se contiene en el fuero siguiente:

*“El venerable origen de este felicísimo Reino, renovado anualmente en la fiesta que anualmente se hace a la Cruz en el sitio correspondiente a donde apareció tan saludable señal sobre la encina, cuyas ramas, sirviendo del más glorioso timbre y blasón a este Reino, se han dilatado por toda la redondez de la tierra, obliga a solicitar, que la memoria de tan milagroso principio se venere con la solemnidad que debe corresponderle. Por cuya causa, Su Majestad, y en su Real nombre el Excmo. D. Pedro Antonio de Aragón, de voluntad de la Corte y cuatro Brazos de ella, estatuye y ordena, que de aquí en adelante en cada un año se den a la Villa de Ainsa, como cargo ordinario de las Generalidades de el Reino, las diez libras jaquesas que ha representado bastarían para solemnizar mas la dicha festividad, con obligación de haber de dar cuenta del empleo de ellas a los Diputados”.*

Incorporada después la Corona de España de los derechos y Rentas de Aragón, Felipe V por su Real decreto de 20 de Febrero de 1716, ordenó que se continuará la entrega de las diez libras jaquesas para el objeto que aquel fuero prescribía.

La historia de la batalla relatada, conocida popularmente como “*La Morisma*” fue transmitida oralmente y fue escenificada, incluso con el apoyo económico de La Corona a partir del siglo XVII. En la actualidad es una representación teatral y popular celebrada en el marco de la Plaza Mayor de Aínsa en la que participan más de 300 personas siguiendo el patrón de un texto recogido de la tradición oral. Se celebra el primer domingo de Septiembre de los años pares.



Cruz del Sobrarbe, actualmente denominada Cruz Cubierta, en una imagen de 1911

El monumento consiste en un zócalo rotundo que sirve de base a ocho columnas que sobre el destacan son sus pedestales y capiteles, en los cuales descansa la cubierta que arranca de su correspondiente cornisa. Todo este conjunto es de piedra bien labrada y adornado con jeroglíficos e inscripciones alusivas al suceso que recuerda. El centro lo ocupa otra columna con su capitel, figurando la primera el tronco de la encina y el segundo la copa del mismo árbol (aludiendo a la famosa aparición milagrosa de la cruz del Sobrarbe en la batalla de Ainsa) ocupando su cima la cruz roja; y con el objeto de servir de guarda y de adorno, se halla todo cercado por una verja de hierro. <sup>(2)</sup>

El templete es de planta circular sobre dos gradas con ocho columnas de orden dórico sobre alto plinto, con capiteles toscanos y zapatas que sostienen un entablamento y cúpula que presenta externamente forma de agudo chapitel octogonal de pizarra. Al interior, en relieve, un escudo corado y partido, con cuatro palos en punto y encima cimada por cruz en jefe. El friso se encuentra labrado con una inscripción donde se puede leer la historia de su construcción:

“ENESTEPVESTO\*APARECIO\*MILAGROSSAMENTE\*LACRVZ\*LLAMADA\*D  
E\*SOBRARBE\*BLASON\*DESTERYNO\*YDELA\*VILLADEAYNSSA\*AB\_PORV  
ENTADELREYNO\*YACABOSE\*ESTAOBRA\*EL\*ANO1655\*SIENDO\*D\_DE\_RA  
INIGOROIO\*ABAD\*DE\*S\*VI\*DSVANANTONIO\*VIRTODESPINAL\*ELCODE  
DE SANALEMENTE\*DYNICOMARIN\*DVICENCIO  
NICOLASSALINAS\*ELDOCTOR DE GORGELIARAIA\_\_ACHE\_\_OMIGO  
LAZAROGAINA \* GERONIMODENALASEO\* REYMUNDOS\_YSEPE  
VLAQUEVIERC\*



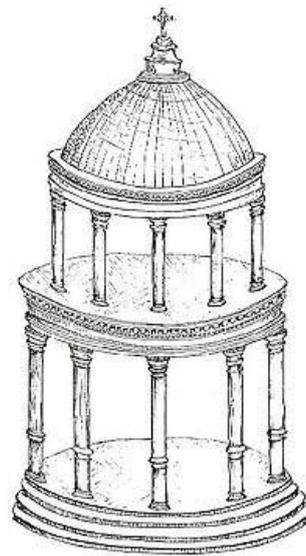
En el centro del templete hay un altar con un tronco de encina labrado en piedra con una cruz de hierro. Se halla cerrado por una hermosa verja de hierro de forja, de dos cuerpos, con una pequeña puerta en la que se puede leer el siguiente grabado “B J N FER FEI B AÑO B 1672”





Detalles de la verja forjada en 1672 sin soldaduras ni tornillos.

- (1) **La Cruz del Coso** era un monumento conmemorativo que presidió el corazón de la ciudad de Zaragoza desde época medieval hasta el siglo XIX. Gil Morlanes, hijo, fue el artífice que en el siglo XVI creó el modelo más duradero utilizado durante siglos para dicho monumento. La Cruz del Coso fue víctima de un cañonazo del ejército napoleónico el 11 de agosto de 1808. Con estos bocetos nos podemos hacer una idea de cómo era la Cruz del Sobrarbe, de aspecto muy similar.



- (2) Bartolomé Martínez y Herrero Sobrarbe y Aragón, v. I, p.74, (Zaragoza 1866).